

A vueltas con el brindis de los curacas: un cuentecillo tradicional en la narrativa peruana

Fernando RODRÍGUEZ MANSILLA
(Hobart and William Smith Colleges, New York)

ABSTRACT: This article explores the traditional folktale that I call «the curacas' toast». First, I propose its probable origin, as part of an anecdote from the Spanish medieval history, still alive in the ballads. Inca Garcilaso was the first author to adapt and transform the folktale, incorporating it to the Peruvian literature. Secondly, I trace and analyze the transformation of this folktale throughout different periods of Peruvian literature, starting with a colonial author, such as the mestizo chronicler Inca Garcilaso, the nineteenth century writer Ricardo Palma and then the indigenist writer Enrique López Albújar in the twentieth century.

KEYWORDS: Inca Garcilaso, Ricardo Palma, Enrique López Albújar, curacas, folktale, Royal Commentaries.

RESUMEN: Este artículo se ocupa de un cuentecillo que denomino «el brindis de los curacas». Refiero su probable origen, el cual se encontraría en un pasaje de la historia medieval española que aún persiste en el romancero. El trabajo pone en diálogo tres textos que recogen el cuentecillo y lo vuelven parte de la trama de proyectos narrativos muy dispares en alcances, tiempo y espacio: una crónica de Indias, los *Comentarios reales* (1609); una «tradición peruana» pergeñada por Ricardo Palma; y un cuento indigenista, «El brindis de los yayas» de Enrique López Albújar, que se publica en 1938, última manifestación del cuentecillo.

PALABRAS-CLAVE: Inca Garcilaso, Ricardo Palma, Enrique López Albújar, curacas, cuentecillo tradicional, Comentarios reales.

Una materia pendiente en los estudios sobre la literatura colonial es la recopilación de cuentecillos tradicionales. Nos referimos a relatos breves, de tono familiar y ameno, en el sendero de la línea de trabajo establecida por Maxime Chevalier (1978: 44-51), con una particularidad: el que acontecen en territorio americano. En este artículo me ocuparé de un cuentecillo que denomino «el brindis de los curacas». Empezaré refiriendo su probable origen, el cual se encontraría en un pasaje de la historia medieval española que aún persiste en el romancero. Luego, desarrollaré más en extenso su vitalidad a lo largo de varios siglos en la literatura peruana, gracias a la contribución del Inca Garcilaso de la Vega, a quien le atribuyo su paternidad. Así, me interesa poner en diálogo tres textos que recogen el cuentecillo y lo vuelven parte de la trama de proyectos narrativos muy dispares en alcances, tiempo y espacio: una crónica de Indias, los *Comentarios reales* (1609); una «tradición peruana» pergeñada por Ricardo Palma, que forja la identidad nacional a fines del siglo XIX; y un cuento indigenista, «El brindis de los yayas» de Enrique López Albújar, que se publica en 1937, última manifestación del cuentecillo, ya totalmente naturalizado y transformado como parte de una narración completamente moderna.

ORIGEN FOLCLÓRICO Y PENINSULAR

El cuentecillo de «El brindis de los curacas» se ajusta a la descripción del motivo folclórico del amplísimo catálogo de Stith Thompson bajo la signatura Q582.8: «Una persona bebe el veneno que había preparado para otra». Igualmente aparece consignado

bajo la signatura I.4.01 del *Motif-Index of Folk Narrative in the Pan-Hispanic Romancero*, que refiere el romance «La condesa de Castilla traidora», recopilado en León durante el siglo XX. En este romance, la condesa ofrece una copa envenenada a su hijastro, el conde don Sancho, y este, sabiendo que contiene la ponzoña, le pide a la madrastra que se la beba (primero con cortesía, luego a la fuerza), ya que una mujer descalza y desnuda se le apareció previamente anunciándole que le iban a envenenar. El romance se cierra con la declaración de que, a partir de ese suceso, el rey don Sancho ordenó que en Castilla nunca un hombre debería beber antes que una mujer, para así prevenir una situación parecida. Diego Catalán, quien recogió el romance vivo aún en tierras leonesas, encuentra su origen en la *Crónica general de España* de Alfonso X refundida por Florián de Ocampo, obra en la que se incluía la anécdota del conde don Sancho que mata a su madrastra haciéndola beber el veneno que ella había preparado para matarle a él. Considerando la difusión de dicha *Crónica general* en el siglo XVI y la amistad que unió al Inca con Ambrosio de Morales (quien prosiguió la obra de Florián de Ocampo), es verosímil considerar que aquí fue donde leyó Garcilaso el cuentecillo¹. En el capítulo XXII de la tercera parte de la *Crónica general*, se narran los hechos de don Sancho, conde de Castilla, cuya madrastra intenta envenenarlo:

La madre del conde don Sancho, codiciando casar con un mozo, armó de matar a su hijo, por tal que se alzase ella con los castiellos y con las fortalezas de la tierra y así casaría ella luego con el mozo. Y ella destemplando una noche las yerbas que le diese a beber con que lo matase, vino una su cobijera al conde: y se descubrió todo el fecho. Mas cuando su madre le quiso dar aquellas yerbas en el vino que bebiese, rogó él a la madre que bivese primero ella. Y ella dijo que no quería ni faría, ca lo non habié menester. Y el conde rogó muchas veces que bivese y cuando vio que la non podía vencer, por fuerza se lo hizo beber y cuando ella lo hobo bebido cayó luego muerta. E agora sabed que desde aquí adelante fue tomado uso en Castiella de dar a beber primeramente a las mujeres (1541: fol. 268v.).

Esta anécdota sobre el bravo conde don Sancho debió ser la inspiración del Inca Garcilaso para elaborar el cuentecillo del «brindis de los curacas», dotando a los personajes de una rivalidad que solo puede dirimir un español y acentuando el ingenio de la víctima inicial que logra vencer a su victimario. Por último, impregnando la historia de referentes locales, logró aclimatar el motivo folclórico original hasta hacerlo pasar por autóctono, tal como lo ha asumido la crítica aún ahora.

EL BRINDIS DE LOS CURACAS BAJO LA PLUMA DEL INCA GARCILASO²

En el capítulo XVIII del libro III de los *Comentarios reales*, Garcilaso nos brinda un sumario de la campaña militar expansiva del príncipe Inca Roca y al mencionar el valle de Acarí (Hacari en el texto del cusqueño), uno de los territorios conquistados por el joven *auqui*, siente necesario narrar un cuentecillo: «Será razón, pues estamos en el puesto, no pasar adelante sin dar cuenta de un caso extraño que pasó en el valle de Hacari poco después que los españoles lo ganaron, aunque lo anticipemos de su tiempo»

¹ Lo cual no quita que la leyenda de la condesa traidora aparezca en varios testimonios, desde la *Crónica general* hasta la *Crónica Najerense*, según el análisis y documentación que ofrece Menéndez Pidal, 1963.

² Esta sección y la correspondiente a la adaptación de Ricardo Palma recogen partes de Rodríguez Mansilla, 2011, trabajo en el que se ahonda más a fondo en la ideología palmista y la manipulación de las fuentes de las *Tradiciones peruanas*. Remito al lector a ese trabajo para una discusión sobre Palma y la recepción del Inca Garcilaso en el siglo XX peruano.

(1943: vol. 1, 169). La introducción del cuentecillo, pese a que escapa del marco cronológico planteado, según lo reconoce el autor, encaja a raíz de un aspecto que a Garcilaso, como a cualquier diestro narrador aurisecular que escribe imaginando que entabla un diálogo *in absentia* con su lector, no se le escaparía: el capítulo está quedando corto y algo desabrido, por tanto hay que adobarlo con una anécdota amena.

Se trata de dos curacas del valle, aún no bautizados, que se enfrascan en un pleito de límites, donde ya ha corrido sangre. Dada esa situación, «los gobernantes españoles enviaron un comisario que hiciese justicia y los concertase de manera que fuesen amigos» (1943: vol 1, 169). Uno de ellos, no se menciona quién, no queda conforme y se propone vengarse del otro secretamente. En la plaza del pueblo se ponen a comer todos juntos, bajo capa de amistad recobrada. Al final del banquete, el curaca que sigue sintiéndose agraviado lleva dos vasos, uno de ellos envenenado, para brindar con su amigo. El que recibe la copa con la ponzoña sospecha y le dice: «Dame tú esotro vaso y bébete ese» (1943: vol 1, 170). El curaca felón, por no mostrarse débil, hace de tripas corazón, le entrega el vaso sin veneno y se bebe el envenenado. El Inca relata que horas más tarde murió por efecto de la bebida, pero también por el «enojo de ver que por matar a su enemigo se hubiese muerto a sí propio» (1943: vol 1, 170). La muerte del curaca es muy posterior al banquete que los convocó y provocada por la cólera de no haberse salido con la suya, de no haber sido tan astuto como pretendía.

Ahora bien, habría que pensar en qué residía la gracia del cuentecillo. Garcilaso en medio del relato introduce una observación cuando el curaca propone el brindis a su rival: «Se levantó el curaca apasionado y llevó dos vasos de su brebaje para brindar a su nuevo amigo (como lo tienen los indios de común costumbre)» (1943: vol. 1, 170). Muchísimas páginas más adelante, en el libro VI de los *Comentarios*, Garcilaso recién se abocará, dedicándole un capítulo completo, el XXIII («Brindanse unos a otros, y con qué orden»), a describir con lujo de detalles el protocolo en torno al brindis que tenían los nativos: usaban dos vasos (no bebían de uno solo) y daban el de la derecha al que tenía mayor calidad que ellos y el de la izquierda si el convidado era socialmente inferior. Ahora bien, la mención en el cuentecillo a la singularidad del rito y este capítulo monográfico en torno al asunto harían pensar en que la gracia de la anécdota reside en la originalidad del procedimiento, solo posible en tierras americanas. Pero nada de esto ocurre. Cuando se trata de hilvanar un cuento, un buen cuento, el Inca descarta introducir un enredo en el que algún aspecto de un rito tan particular como aquel sea esencial para el desarrollo de los hechos. A Garcilaso lo que le interesa, y allí debían hallarle la gracia al cuentecillo tanto él como sus lectores del XVII, es plasmar en la anécdota del curaca suicida el tema tan trillado, y por eso mismo tan efectivo, del burlador burlado. Tal es el tipo de ingenio que se celebraba en los cuentecillos tradicionales áureos. El lector se sonreiría pensando en la engorrosa situación final del curaca que, creyendo que mataría a su enemigo, termina provocándose la muerte al caer en su propia celada.

Por último, además del conocimiento que puede haber tenido Garcilaso de la *Crónica general* de Florián de Ocampo, de donde provendría la salvación ingeniosa de la víctima, provoca considerar otra posible influencia en el cuentecillo de «El brindis de los curacas»: una anécdota sobre el santo portugués, predicador en Italia, incluida en el *San Antonio de Padua* (1605) de Mateo Alemán. El Inca Garcilaso conocía la obra del novelista sevillano: contaba con la primera parte del *Guzmán de Alfarache* en su biblioteca y muestra tener conciencia en torno al problema del pauperismo, desarrollado también por Alemán, en varios capítulos de los *Comentarios reales* (Rodríguez Mansilla, 2009). Precisamente, si se considera que la primera parte de los *Comentarios reales* se

concluyó precisamente hacia 1605 (Durand, 1976: 71), podría pensarse en el eco de una lectura del *San Antonio de Padua* que conservaría aún fresca el Inca en la memoria.

El cap. XIII del libro segundo del *San Antonio de Padua* se titula: «Queriendo matar a San Antonio unos herejes con veneno tuvo revelación dello. Corrígelos con su doctrina. Pídenle que coma la ponzoña. Hácelo el santo sin recibir ningún daño, con lo cual se convierten los herejes» (1605: fol. 164v). San Antonio ya sabe que los herejes que le invitan a comer le quieren envenenar. El santo declara a sus anfitriones que conoce de sus intenciones y les reprende. Los herejes insisten en que pruebe la comida envenenada, para que haga prueba de su fe. San Antonio acepta el convite encomendándose a Dios y pensando que su arrojo producirá su conversión. Como santo que es, pasa la prueba satisfactoriamente, ya que el veneno no le hace efecto, y los herejes se reforman. Con vistas a una lectura comparada, resulta de sumo interés el detalle de que los curacas de Garcilaso, aunque ya sometidos a la ley española, no han sido bautizados; quizás para señalar que tamaña fechoría (la de envenenar alevosamente a un enemigo) es un acto solo digno de gentiles o de desviados herejes como los que querían eliminar a San Antonio. Si la ponzoña representa la mala doctrina de aquellos heréticos, «envenenados» por la mala doctrina y el estómago invulnerable del santo es la prueba irrefutable de su fe, diríase que en las Indias la mala fe del curaca traidor se vuelve contra él, como castigo a su maldad, inherente a su desconocimiento de la verdad católica, pues no cumple con Dios ni con los hombres³.

LOS CACIQUES FANTOCHES DE RICARDO PALMA

Poco más de tres siglos y medio después de la aparición de los curacas en los *Comentarios reales*, Ricardo Palma recrea el cuentecillo, ahora convertido en la tradición «Orgullo de cacique», publicada en la quinta serie de *Tradiciones*, en 1883. Para entonces, Palma se había consolidado en un estilo de narrar, el del género de la tradición, que él mismo ha ido modelando. En su faceta de narrador transcriptor, Palma se inserta en la historia que cuenta y se presenta como testigo o recolector de un relato oral (Tauzin Castellanos, 1999: 103). Para ello evoca un episodio verificable de su biografía: el naufragio del vapor *Rímac*, en 1855. A partir de este hecho, y de la marcha de los sobrevivientes por pueblos perdidos de la costa, nuestro autor contextualiza la historia dentro de un marco realista, pretenciosamente verídico.

Esta mediación es la que le da pie a Palma para la irreverencia, a la vez que refuerza la autoridad que, como escritor de fuste, poseía. De forma que no ha de sorprender que, en primer lugar, niegue que su fuente directa sean los *Comentarios reales*. Por el contrario, declara que su fuente es otra, un depósito vivo de la literatura oral (de la cual pretende extraer su néctar las *Tradiciones* precisamente), como lo es un nativo anciano de Acarí. En medio de su vagabundeo, muerto de hambre y sed, el náufrago Palma dice que «oí relatar a un indio viejo la tradición que van ustedes a leer, y de la cual habla también, incidentalmente, Garcilaso de la Vega en sus *Comentarios reales*» (1957: 187). Se cita a Garcilaso de soslayo, sin reconocerle influencia en la factura de la tradición y se opta más bien por la mención a un «indio viejo», tal vez proponiéndonos una imagen deformada y ridícula de Garcilaso, quien publica los *Comentarios* precisamente en sus últimos años de vida. En realidad, la referencia a la obra del Inca tiene aquí todo el aspecto de cita obligada para no ser acusado, por algún lector diligente, de recrear un texto previo sin declararlo. Ahora bien, ¿qué es lo que Palma agrega a Garcil-

³ Debo las ideas de este contraste entre la actitud del curaca y la de San Antonio a la comunicación con Tito del Piélagos, dilecto amigo peruano de viejas andanzas y querellas.

laso? ¿Cómo recubre el cuentecillo con la pátina que se consideraría típicamente palmista?

«El brindis de los curacas», en manos de Palma, es un prodigio de manipulación literaria, como suele serlo la escritura de toda tradición. Es en los pequeños detalles, tan distantes a la versión de Garcilaso, donde hay que encontrar el genio del tradicionista. Tras hablar del pleito limítrofe entre ambos curacas, que él llamará «caciques» (renegando del prurito lingüístico garcilasista, que consideraba el término «cacique» como ajeno, importado del Caribe), Palma nos plantea la primera y esencial diferencia respecto de la versión del cronista cusqueño:

La autoridad española, que no podía consentir en que el desorden aumentara en proporciones, se resolvió a tomar cartas en la querrela, amén de que el poderío de los caciques más era nominal que efectivo, pues la política de los conquistadores convenía aún dejar subsistentes los cacicazgos y demás títulos colorados, rezagos del gobierno incásico (1957: 187).

Palma está enfatizando la carencia de poder real de los caciques, mediante lo cual el «corregidor de Nasca» (Palma, 1957: 187), quien en Garcilaso era simplemente «un comisario», queda como una autoridad a la que se subordinan los nobles indígenas sumisos, sin chistar. Luego, tras la comida, llega el momento del brindis. La narración palmista elimina toda referencia a la usanza andina, haciendo pasar por occidental el rito. Por ende, no le interesa explotar las diferencias culturales. Para resaltar la rivalidad entre los protagonistas los convierte en caciques de valles vecinos, Atiquipa y Acari, respectivamente. El primero, quien será el derrotado, es el felón, a todas luces el «malo» del relato; en cambio el segundo es el que brinda hospedaje, el atento y pacífico, o sea el «bueno». El cacique de Atiquipa está guiado por «orgullo o despecho» (1957: 187), según especula Palma, cuando decide tomarse el veneno. En consecuencia, muere en el acto, un dramático desenlace para un banquete, en escena más propia de folletín que de anécdota presuntamente verídica.

Estos detalles en el relato nos dan un indicio fundamental de la interpretación que hizo Palma del cuentecillo garcilasiano. El cacique traidor decide beberse la ponzoña al hallarse «entre el suicidio y el ridículo de verse nuevamente humillado por su contrario» (1957: 187). El personaje prefiere morir antes que verse deshonrado, motivo que está anunciado en el título de la tradición misma, «Orgullo de cacique». Pero se trata de un orgullo huero, considerando que, de acuerdo con el mismo Palma, el poder de los caciques es nominal antes que real, sojuzgados por un corregidor frente al cual solo les cabe ser dóciles. Al resaltar un orgullo totalmente vacío, los protagonistas no solo se ven pintorescos, sino ridículos. Ostentan títulos anacrónicos, mera chafalonía.

Si en los *Comentarios reales* el curaca (título aún significativo, con resonancias prehispánicas netas) muere por la ira de no poder vengarse; en Palma, el cacique (título nominal, postizo) muere por un orgullo que su estatus en la práctica niega, ya que es un indio presumido, cuya vanidad lo conduce a la muerte, la cual configura la justicia poética de una narración donde se le retrata con tintes de antemano negativos, en contraste con su rival. Reescrita la anécdota por Palma, el relato adopta un sesgo ideológico marcado, en el contexto de una recepción literaria decimonónica, eminentemente criolla, de los *Comentarios reales*. A través de menciones y reelaboraciones, Palma estaba canonizando a un Garcilaso narrador para el gran público (su público) a la vez que se canonizaba a sí mismo como la autoridad suprema en el género que había inventado: las *Tradiciones*. Con ello, el limeño Palma revelaba el vínculo que lo unía, a dos siglos de distancia, con el cuzqueño Garcilaso: ambos, a través de su escritura, se proponían ser

«fundadores de la conciencia histórica, pues ambos rescatan del olvido la historia viva del Perú, respondiendo a una necesidad, no tanto de conservar un legado sino de asimilar una herencia» (Valero, 2003: 109). Mediante «Orgullo de cacique», Palma le rendía homenaje a Garcilaso, acaso para el limeño un «indio viejo» cuentacuentos, como aquel con el que se encontró en su naufragio, supuesto origen de la tradición. Sin embargo, esta fábula de humor que impregna Palma se verá cuestionada por el movimiento indigenista de las primeras décadas del siglo XX en Perú. Entonces, la «tradición» como género literario de estirpe palmista pierde hegemonía y se ve desplazada por una narrativa que busca sus orígenes en la cultura prehispánica (Cornejo Polar, 1989: 139). Es el momento propicio para el resurgimiento del brindis de los curacas, pero desde una perspectiva distinta, ya no con fines eutrapélicos, sino con un mensaje de crítica a las estructuras sociales andinas.

FINAL DEL CICLO: «EL BRINDIS DE LOS YAYAS» DE LÓPEZ ALBÚJAR

En 1937, Enrique López Albújar, autor indigenista de los *Cuentos andinos* (1920), publica su segunda colección de relatos, propuesta como continuación de su primera serie famosa. Publicados en Santiago de Chile por la entonces vigorosa editorial Ercilla, los *Nuevos cuentos andinos* incluyen el relato «El brindis de los yayas», en cuyo desenlace podemos encontrar la última manifestación del cuentecillo, ahora vuelto parte de la literatura indigenista, compuesta a contrapelo de la tendencia criolla, costeña, alegre y ligera que había representado Palma en décadas anteriores.

Tomás G. Escajadillo, el mayor conocedor de la narrativa de López Albújar, resalta el acierto de incluir dicha escena: «Todo confluye al terrible epílogo del imposable suicidio de los yayas, muestra de un sabio uso de la técnica —exclusiva del género cuento— del “impacto final”» (1972: 137). De hecho, aquella impactante escena final del «Brindis de los yayas» se encuentra tan revestida de reverberaciones que la crítica tradicional no dudó en identificarla con el cuentecillo del Inca Garcilaso y a veces inclusive con una supuesta leyenda nativa. Augusto Tamayo Vargas fue el primero, hasta donde alcanzo, que detectó el origen del desenlace del relato de López Albújar en el susodicho cuentecillo. Tras citar íntegro el pasaje correspondiente de los *Comentarios reales* indica que «indudablemente [...] uno piensa que estos párrafos son hermanos del cuento *El brindis de los yayas* de Enrique López Albújar, o su antecedente» (Tamayo Vargas, 1993: 170). Más allá todavía, según José Jiménez Borja en su comentario a *El brindis de los yayas*, el relato de López Albújar:

actualiza una antigua leyenda sobre la chicha envenenada que se ofrece al enemigo, en el esplendor de la fiesta, pero que este, más astuto y audaz, obliga a beber primero a los conjurados. Estos son los yayas o conservadores patriarcas de la comunidad que quieren deshacerse del caudillo joven y renovador, que ha asimilado el progreso en el servicio militar (2005: 252).

La cita de Jiménez Borja tiene el mérito de analizar sintéticamente las líneas maestras del cuento, deshilvanando su mensaje. En la lucha de Ponciano Culqui, joven indígena que vuelve a su comunidad luego de servir en el ejército, contra el consejo de ancianos sabios se refleja el conflicto, de raíz decimonónica en la literatura hispanoamericana, entre modernidad (la que pretende traer Culqui) y barbarie (la que desean proseguir los yayas o ancianos), como señala Escajadillo (1972: 138). Niceto Huaylas, el candidato a alcalde de los yayas, ha perdido el cargo a manos del joven Culqui, quien ofrece a los electores nuevos aires y reformas para la comunidad indígena de Chupán. Huaylas, resentido, decide conspirar con sus compañeros yayas para matar al nuevo

alcalde. De esa forma, le propone que brinden según lo reza la tradición del pueblo: intercambiando la bebida, o sea bebiendo la chicha del otro, por lo que debe tomar Culqui su chicha envenenada. El joven, sagaz, le replica que nunca se ha dado el caso de que un alcalde haya reñido con un yaya, por lo cual no existe tradición a seguir (nueva alusión a los propósitos renovadores que trae el pensamiento político de Culqui). A Huaylas, vencido públicamente con tan buen argumento, no le queda más que beber el vaso con la bebida mortífera, pero da un solo sorbo. Culqui confirma su temor y exige que el resto de los ancianos beba de la misma chicha de Huaylas. El narrador destaca en este último su actitud firme e indómita frente a la situación en la que, sin proponérselo, ha acabado siendo víctima. Los demás viejos beben resignados, «al principio indecisos, pero al fin animados por la actitud estoica e impenetrable del viejo Huaylas» (López Albújar, 1957: 28). De repente, Marcela Illatopa, la hija de uno de los ancianos, viene a advertirle al joven alcalde, aunque ya es tarde, de la trampa que aquellos le tendieron, a la vez que pide misericordia para su padre. Culqui le perdona la vida, pero el viejo Illatopa rechaza esa suerte de amnistía para él solo, de forma que decide morir junto a sus compañeros. Finalmente, Culqui trata de cumplir la justicia, pero sin negar la espectacularidad de la escena con los viejos conjurados que están firmando su sentencia de muerte al beber en medio de la plaza. El rasgo que más se resalta de Huaylas es que es «olímpicamente desdeñoso» (1957: 30) frente al aprieto, quizás centrando en él la fiereza atribuible a todo el grupo de yayas.

Con el desarrollo particular de López Albújar, el cuentecillo adopta tintes de tragedia a lo Shakespeare, haciendo de lo que era una escena individual un envenenamiento colectivo, con gesto estoico desdeñoso de la muerte de parte de los «yayas», quienes hasta ahora habían concentrado para sí la sabiduría y el poder de gestión de la comunidad y serán relevados por el joven con nuevas ideas, quien ocupa el rol antiguamente atribuido al curaca ingenioso (Inca Garcilaso) o al cacique bueno (Palma). Como lo resume bien Castro Urioste:

En *El brindis de los yayas* se hace una distinción clara entre los indios ancianos descritos con distancia y como grupo maquiavélico, y el joven indio calificado como «justo», de quien se representa no solo su exterior, sino también sus conflictos internos, y cuyo proyecto es incorporar a la comunidad elementos del mundo moderno pero manteniendo el respeto por las tradiciones andinas (Castro Urioste, 2007: 43).

Obsérvese el carácter equilibrado del proyecto de Ponciano Culqui: la incorporación de novedades sin cancelar el legado indígena, solo reformando sus elementos pasadistas y contrarios al progreso. Se trataría de un objetivo tan noble y mesurado como difícil de conseguir; de allí que el cuento acabe con ese último cuadro trágico, a la manera teatral, y no le apetezca indagar en torno a lo que ocurrirá después. La muerte de todos los yayas, suicidas por rencor, daría paso a una modernidad hipotética, con vistas a alcanzar la ciudadanía (López Alfonso, 2006: 164) que no sabemos si llega a concretarse de la mano de Ponciano Culqui. Junto con ellos, los yayas, muere también la tradición literaria que gestó el relato, o sea el cuentecillo del Inca Garcilaso: no existe en la literatura peruana posterior a «El brindis de los yayas» de López Albújar otra recreación del tradicional motivo narrativo. De allí que, con razón, se considere que con los *Nuevos cuentos andinos*, este narrador indigenista acentúa su visión crítica de la estructura social de la sierra (Escajadillo, 1972: 148).

CONCLUSIÓN

La revisión del cuentecillo del brindis de los curacas en la narrativa peruana arroja un ciclo de continuidades y transformaciones. Desde su aparición inicial, en la primera parte de los *Comentarios reales*, presenta la influencia segura de la *Crónica general de España* de Ocampo y otra, menos evidente, la del *San Antonio de Padua*, publicado por los años en que Garcilaso está concluyendo su texto. En la pluma del mestizo, el cuentecillo guarda el decoro propio del género, con figuras dentro de una gama predefinida y el tema del burlador burlado, muerto posteriormente a causa de la ira de haber caído en su propia celada. Siglos más tarde, en su recreación del episodio, Ricardo Palma recoge el argumento y sus detalles principales, aludiendo a los *Comentarios*, pero le da al cuentecillo un giro estético, que le otorga un tono algo más risueño, con curacas vueltos simples caciques indígenas presumidos. En la tradición palmista, el traidor muere en el momento en que bebe, con un golpe de efecto propio de vodevil. Por último, Enrique López Albújar lo transforma y renueva en el desenlace de «El brindis de los yayas», haciendo que Ponciano Culqui ocupe el papel del otrora curaca ingenioso (talento muy apreciado por el Inca y sus congéneres del Siglo de Oro) o el cacique bueno decimonónico (según las dicotomías establecidas por Palma, más inclinado a la caricatura). En López Albújar, este nuevo curaca, modernizante, elimina a toda una cohorte de ancianos reaccionarios que están de espaldas a la renovación cultural que Culqui postula. Quizás este último factor explica la extinción del cuentecillo: desde el Inca Garcilaso, «el brindis de los curacas» dependía del carácter arcaico, bárbaro, del indio no bautizado (tal como se señala en los *Comentarios*), del envanecido que solo preserva un poder nominal, aunque sin cederlo (según la perspectiva de Palma), hasta llegar al «Brindis de los yayas», con el joven que interpreta al curaca victorioso que esta vez piensa cancelar, precisamente, ese arcaísmo asociado con lo indígena. Dado que este «curaca» ya no quiere serlo (pues Culqui solo aspira a ser un alcalde), la muerte de los yayas decrepitos, los curacas de antaño, transmite también la sensación de que el cuentecillo ya no puede proseguir: a manos del narrador López Albújar y su personaje Ponciano Culqui, el brindis de los curacas se ha quedado sin curacas.

BIBLIOGRAFÍA

- ALEMÁN, Mateo (1605): *San Antonio de Padua*, Sevilla, Juan de León.
- CASTRO URIOSTE, José (2007): *De Doña Bárbara al neoliberalismo: escritura y modernidad en América Latina*, Cali, Universidad del Valle.
- CHEVALIER, Maxime (1978): *Folklore y literatura. El cuento oral en el Siglo de Oro*, Barcelona, Crítica.
- CORNEJO POLAR, Antonio (1989): *La formación de la tradición literaria del Perú*, Lima, Centro de Estudios y Publicaciones.
- ESCAJADILLO, Tomás G. (1972): *La narrativa de López Albújar*, Lima, Conup.
- GARCILASO DE LA VEGA, Inca (1943): *Comentarios reales*, 2 vols., ed. Ángel Rosenblat, Buenos Aires, Emecé.
- GOLDBERG, Harriet (2000): *Motif-Index of Folk Narratives in the Pan-Hispanic Romancero*, Tempe, Arizona Center for Medieval and Renaissance Studies.
- JIMÉNEZ BORJA, José (2005): «Enrique López Albújar. Una personalidad y una obra profundamente peruanas», en *José Jiménez Borja. Crítico y maestro de lengua*,

- ed. Carlos Eduardo Zavaleta, Lima, Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2005, pp. 243-262.
- LÓPEZ ALBÚJAR, Enrique (1957): *Los mejores cuentos*, ed. Manuel Scorza, Lima, Patronato del Libro Peruano.
- LÓPEZ ALFONSO, Francisco José (2006): «*Hablo, señores, de la libertad para todos*». *López Albújar y el indigenismo en el Perú*, Alicante, Cuadernos de América sin nombre.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (1963): «Realismo de la epopeya española. La leyenda de la condesa traidora», en *La idea imperial de Carlos V*, Madrid, Espasa-Calpe, pp. 39-72.
- OCAMPO, Florián de (1541): *Las cuatro partes enteras de la crónica de España*, Zamora, Agustín de Paz y Juan Ricardo.
- PALMA, Ricardo (1957): *Tradiciones peruanas completas*, ed. Edith Palma, Madrid, Aguilar.
- RODRÍGUEZ MANSILLA, Fernando (2009): «*No hubo pobres mendigantes: los Comentarios reales y el pauperismo en el Siglo de Oro*», en *Este gran laberinto. Estudios filológicos en el centenario de los Comentarios reales*, ed. Carlos Arrizabalaga y Manuel Prendes, Piura-Pamplona-Lima, Universidad de Piura-Universidad de Navarra-Academia Peruana de la Lengua, pp. 17-34.
- RODRÍGUEZ MANSILLA, Fernando (2011): «Brindan los curacas: de los *Comentarios reales* a las *Tradiciones peruanas*». *Mercurio Peruano*, 524, pp. 142-150.
- CATALÁN, Diego y Mariano DE LA CAMPA, eds. (1991): *Romancero general de León. Antología 1899-1989*, 2 vols., Madrid, Seminario Menéndez Pidal- Diputación Provincial de León.
- TAMAYO VARGAS, Augusto (1993): *Literatura peruana. I. Precolombina/ De la Conquista y del Clasicismo/ Barroquismo y Neoclasicismo*, Lima, Peisa.
- TAUZIN CASTELLANOS, Isabelle (1999): *Las Tradiciones peruanas de Ricardo Palma. Claves de una coherencia*, Lima, Universidad Ricardo Palma.
- THOMPSON, S. (1958): *Motif-Index of folk-literature*, 6 vols., Bloomington, Indiana University Press.
- VALERO, Eva (2003): *Lima en la tradición literaria del Perú*, Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida.

Fecha de recepción: 12 de noviembre de 2013

Fecha de aceptación 28 de enero de 2014

